

CORREO CONCERTADO

CORREO CONCERTADO

El Castellano

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Punto de suscripción y venta.
Toledo: D. Elias Galán, Comercio, 92
Madrid: Kiosco de El Debate, frente a las Calatravas.
Anuncios económicos.

Precio de suscripción.
Un año..... 6,00 pesetas
Número suelto..... 0,05
Pago adelantado.

Lo imposible.

Desprecio merece de la sociedad el hombre egoísta que sólo vive para sí, importándole nada las miserias de sus hermanos, ni el bien de la Patria, que al venir al mundo, le dió albergue.

Abandono y castigo merece de Dios aquel católico, hijo ingrato que sólo se cuida de su propia persona y se olvida de mirar por los intereses de Dios, su buen padre y bienhechor.

Mas hay otros seres que viven entre nosotros y son aún más repugnantes: son aquellos que reconocen las excelencias del catolicismo y desean su propaganda, y aun recomiendan en ciertas ocasiones que se prediquen al pueblo; pero ellos, ni lo aman ni lo practican, y aún más, en sus escritos, en sus discursos y en sus conversaciones, lo desprecian y ridiculizan. Son seres que siguen lo que vulgarmente llamamos la ley del embudo.

¿No los conocéis? ¿No los habéis tratado?

Pues sabed que son no pocos. Los encontramos lo mismo en las ciudades que en los pueblos.

Son los fariseos del nuevo cuño, semejantes á aquellos de quienes el Maestro de las naciones decía que imponía la ley á los demás y ellos no eran capaces de mover un dedo para cumplirla.

No lejos de Toledo existe un pueblo de relativa importancia: habia allí un señor, rico propietario, muy taimado, revestido de gran autoridad para con el vulgo; su paso era lento, su conversación sobria y sus relaciones contadas; el pueblo le tenía por un gran señor.

No obstante, este gran señor no ponía los pies en el templo porque se costipaba al descubrirse, según decía, con la rara casualidad de que esto no sucedía cuando tenía que presentarse delante de un político de alta alcurnia; pues entonces aquel señor, aunque fuera al aire libre, se quitaba el sombrero, y si, así lo exigieran los deberes sociales, se hubieran quitado hasta los zapatos.

En cierta ocasión visitó el párroco para pedirle algún recurso para una obra del templo parroquial.

eran circunstancias en que el socialismo habia hecho sus prosélitos en la localidad y se presentaba con actitud amenazadora. Aquel gran señor, viendo al Párroco en su casa, aprovechó la ocasión para recomendarle que predicara las verdades de la Religión porque, decía, son las únicas que pueden contener á estas gentes.

El Párroco, que cumplía con su deber y explicaba todos los domingos el Evangelio y puntos doctrinales, con sencillez apostólica, le dijo: «Don X., está usted muy atrasado de noticias; como no va usted al Templo no se ha enterado de que se explican todos los domingos las verdades de la Religión; pero como usted no va, y esto lo observan el mayoral y los criados de usted y le tienen por hombre sabio y entendido, creen que no hay para qué molestarle en oír esas cosas; jugaron como usted que no hay más que esta vida, y en consecuencia, que lo práctico es pasarla lo mejor que se pueda, así tena para ello que apoderarse de lo ajeno.

Desengáñese; vaya al Templo é hán sus dependientes y aprenderán lo que á usted y á ellos conviene saber: los deberes que tienen para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismo.

Aquel señor, que no esperaba semejante contestación, quedó mudo y no volvió á hablar más del asunto; pero.... tampoco acudió al Templo. Olvidaba, que, como dijo Cicerón, la palabra convence; pero el ejemplo arrastra y que el ejemplo debe venir de los de arriba. No hay otro camino para regenerar la sociedad.

Querer los de arriba vivir á sus anchas, sin freno alguno para sus ambiciones y satisfacción de pasiones brutales; querer vivir la vida animal y que los demás vivan la vida del cristiano con sus consecuencias prácticas de respetar los derechos de aquéllos y dispensarse éstos de los deberes que tienen para con el prójimo; querer por fin que el pueblo bajo sea cristiano para que no les moleste y ellos no querer nada con la Religión, es olvidar que las causas producen sus efectos y que el mal ejemplo tiene que dar sus consecuencias. Es pedir lo imposible.

SEDUCCION

ORIENTAL

Rueda entre pardas nubes la silenciosa noche. Ni una voz, ni un acento por las calles se oye. Debajo una raja de la casa del Conde, el moro Hasán, herido de celos y de amores, templa su dulce guzla y entona sus canciones, rompiendo los silencios que envuelven á la Noche.

Estrella de mi dicha, mi dulce anhelo, norte de mis venturas, sol de mi cielo; abre tu reluciente y oye los llantos de este amante cautivo de tus encantos.

Bella cristiana, de los labios rojos como la grana, de los ojos negros como mi pena, de los dulos sonrisas que me ensajena, sal, reina mía, que por llevarme el fuego de tu mirada yo te daría, la torre más esbelta de mi Granada, mi carmen más florido de Andalucía.

Hurí de mis ensueños, ninfá hechicera, fontana donde apago mi sed de amores, imagen la más pura de mis quimeras, hálame perfumado de mis dolores.

Bella cristiana, más fresca que el rocío de la mañana, más suave que las auras de primavera, más alrosa que el tallo de la palmera; ven, reina mía, que por un solo beso que tú me dieras yo te daría, el más alto castillo de mis fronteras, la perla más brillante de mi gubia.

Tiende blanca paloma tu rando vuelo hacia las altas torres de mi Granada. Yo te haré un blando nido que mire al cielo donde pases la vida siempre arrullada.

Bella cristiana, ven conmigo si quieres ser mi esposa, Nazarena preciosa, vente conmigo, mi pecho enamorado será tu abrigo.

Callaron de la guzla, los éditos acordes; reinaron los silencios solemnes de la noche; y envuelto en las sombras el moro Hasán perdióse, lanzando mil suspiros de su pecho de bronce.

Eugenio Yébenes.

FELIPE II EL PRUDENTE

Hace poco han dado á luz una obra las prensas españolas escrita por el sabio y eruditísimo auditor de la Rota, D. José Fernández Montaña, con el título con que he encabezado este artículo y seguido de aditamento que, unido á lo primero en todo, dice de esta manera: D. Felipe II El Prudente, Rey de España, en relación con Artes y Artesanos con Ciencias y Sabios.

No es nuevo en el Sr. Montaña elogiar la sabiduría de D. Felipe y la protección que El Prudente monarca dispensó á sabios y artistas, á ciencias y artes. El año 1882 nos deleitamos con fruición en una obra debida á tan castizo escritor, bien documentada, como ahora se dice, en la que resaltaban las cualidades extraordinarias que adornaban á uno de los monarcas más grandes que en el mundo ha habido, y que en defensa de la divina Religión fundada por Jesucristo y regida por el Romano Pontífice, puede figurar entre los que ocupen la primera línea; en aquella obra llamada: Nueva Luz y Juicio verdadero sobre Felipe II, el entonces canonigo toledano patentizaba el gran amor y la mucha protección del Fundador de la octava maravilla del mundo á la ciencia, á los sabios, y á las artes y á los artistas.

Verdad es, que la obra fué combatida, pero la contradicción fué sostenida por los espíritus que se avienen mal con la verdad transparente manifestada con claridad meridiana que imprime el Sr. Montaña á todos sus escritos; pero la sin razón de los espíritus acomodaticios, aun para negar la verdad histórica, estuvo bien recompensada por el estudio profundo que de la obra hicieron los alemanes. Alguno escribía después en un folleto que en su elogio publicó, que dos años le ocupó el estudio de este libro riquísimo en erudición.

Bien próbo en la Nueva Luz el Sr. Montaña que en tiempo de don Felipe y facilitando el mismo cédulas reales, licencias y en muchos casos protección, levantáronse á término cabal la fundación de las Universidades de Granada, Santiago, Baeza, Tortosa, Zaragoza, Oñate, Gandia, Almagro, Orihuela, extensión de la de Baeza, la de Gerona y la de Oviedo, y otros Colegios docentes y centros de enseñanza.

Nos refirió lo que hizo D. Felipe en América, las ciudades que fundó. Y continuando la prebea de que don Felipe no era enemigo de la ciencia, nos enumera creaciones de centros, tribunales, archivos que debieron la existencia al Rey, y que ninguna duda dejan en el ánimo de lo mucho que en esto favoreció D. Felipe á la ciencia. Encontró muy natural el Sr. Montaña considerar á D. Felipe II, como Mecenas de su siglo, y así puso por epígrafe de un capítulo, Felipe II Mecenas de su siglo.

La confirmación del epígrafe es fácil, basta dar una ligera hojeada á lo que D. Felipe hizo en favor de las bellas artes, para juzgar con cuánta razón el canonigo entonces toledano pudiera estampar estas palabras: No hay duda, sino que el insigne Monasterio del Escorial fué perennemente uno de los mejores manantiales de humana y celestial sabiduría de cuantos cred el Católico Monarca. ¡fácilmente se podrá encontrar albergo erigido para las artes y la ciencia en todo el siglo XVI, más insigne y grandioso que el monasterio de San Lorenzo. Por allí ordenó el Rey que viesesen para siempre y proveye de las generaciones futuras, escuelas y modelos permanentes de las artes divinas, la Pintura, Arquitectura y Escultura. Pocas líneas después continúa, el Sr. Montaña. Y finalmente, á unos y otros (clérigos y seculares) facilitó y puso en las manos todo linaje de obras científicas, literarias, artísticas y religiosas, en todos los idiomas de Oriente y Occidente, formando muy ordenada biblioteca, rica como pocas en Europa.

Lógica y muy lógica es la afirmación que después de lo copiado consigna el notable escritor en estos términos: Ciego y loco se ha de llamar quien dé aún oídos á la ignorancia osada que apellida á Felipe II enemigo de las luces y del humano entendimiento. Si lógica es esta afirmación no lo es menos la consecuencia, que el autor deduce al final del capítulo, pues se identifica con la afirmación.

Habiendo el Sr. Montaña tan sólidamente probado en fecha tan remota, desde la que han transcurrido treinta años, que D. Felipe fué un sabio y amigo de los sabios á quien protegió con grandes dádivas, que fué entendidísimo en bellas artes, gastando sumas enormes en fomentarlas y en prodigar apoyo á los artistas, parecía que el asunto estaria concluido; pero no ha sucedido de este modo.

Los enemigos de la Religión que regularmente lo son de D. Felipe, nunca se cansan de repetir las mismas acusaciones contra El Prudente Rey, por lo que el Sr. Montaña jamás se cansa y así se cansa de refutarlas, el trabajo enorme que á este asunto

dedica, lo estima altamente provechoso, y casi casi de cumplimiento de un deber.

Así ahora ha publicado un nuevo y grueso volumen en el que se expresa como si intentara decirnos: áfirmé, hace muchos años, que D. Felipe protegió las ciencias y las artes, las pruebas acompañaban al aserto; no han bastado, los enemigos continúan asegurando la ignorancia de D. Felipe, enemigo de toda ciencia y amigo de las tinieblas egipcias, opuesto á toda cultura, y aunque he triturado y reducido á polvo mil veces sus argumentos, pero no deba hartarse la pluma de repetir, ya que no se cansan nunca de repetir en/antes los enemigos del Rey.

Y por esto, para confirmar más y más lo antes asazamente probado, publico este libro, cuyo texto lo he apoyado en las graves autoridades, antiguas y modernas, españolas y extranjeras; y cito á Ceán Bermúdez, Liaguero, Palomino, Madrazo, Mr. Quiliez, Mr. Penety, Mr. Piles, Mr. Villor, D. Antonio Pons y á varios otros. Quisiera copiar la letra del autor; pero los límites del periódico no lo permite. El Sr. Montaña cita las Cédulas reales que dejaron los individuos de la célebre Junta de Obras y de Bosques extractadas de cincuenta volúmenes por Ceán Bermúdez.

No contento con esto el laboriosísimo erudito autor de D. Felipe II El Prudente, las Cédulas reales citadas por otros, las ha cotejado con el original, y otras las ha copiado él mismo en el Archivo Nacional, en el Real Palacio y Simancas.

Digase si una obra escrita por pluma en que tan pura corre el habla castellana, y en la que tanta diligencia y estudio ha puesto su autor no merece la atención de los amantes de la verdad.

Hoy se exigen documentos que presten su conformidad á lo que se sustente por el historiador. Tantos contiene la obra del Sr. Montaña, que nada más demandará la crítica más descontentadiza.

Recomendamos su lectura á todo el que se complace en adquirir y poseer la verdad.

Anacleto Heredero.

LA ETERNA PEDIGÜEÑA



El capitalista.—No, hermana, no puedo socorrerla. (Siempre con la misma canción!)
El obrero.—También esta vez tendré yo que remediarla.